

III.

NUEVAS AUTORIDADES.

No se deben omitir aún otras declaraciones favorables al Rey Prudente, y también de autores extranjeros. Un crítico italiano por mandamiento del Cardenal Zelada, Ministro de Estado con Pío VI, de santa memoria, emitió juicio muy bien razonado sobre la tragedia insulsa y vanísima de Alfieri intitulada *Philippo*. No pudiendo el servidor de Zelada sufrir que se manchase tan inicuaamente la memoria de Felipe II, dijo de este modo: «Algunos que han escrito poco favorablemente de Filipo, fueron guiados por cierto espíritu de nacionalidad y aversión á la familia y al país de donde era natural: su grandeza fué causa de lo mismo, como igualmente cierto temor y parcialidad de quienes no fueron tratados y premiados por el Rey según sus antojos y pretensiones. Y hé aquí lo que con frecuencia demasiada corrompe el criterio hasta de los hombres más sabios. A una de estas causas se ha de atribuir lo poco favorablemente que escribió el célebre autor francés Natal Aless. Pero es preciso leer cuanto de Felipe II y de sus actos dijeron escritores tales como Calvete, Cabrera, Antonio de Herrera, Francisco Guillimanno, Cesare Campana y otros autores casi contemporáneos de Su Majestad. *Solamente deberé significar aquí el disgusto profundo que me produce el carácter criminal que á Felipe II se atribuye en toda la tragedia, cosa que absolutamente no le conviene; y no sé cómo no llena de indignación á toda la ilustre nación española el ver de esta manera expuesto á las abominaciones comunes uno de sus mayores Soberanos* ¹.»

virtu, alle sue qualità, al suo procedere; che certo non può dirsi di più: e così lo confessano tutti quei che son versati nell'istoria.» *Vita di Carlo V.* da Gregorio Leti: part. 1.^a, 1.^o, pág. 37. Manuscrito de la biblioteca del Cabildo de Toledo.

¹ «Alcuni che an di Philippo poco onerevolmente scritto, attribuisi debbe á certo spirito di nazionalità et aversione alla famiglia, ó

Poco importa que los modernos autores admitan piedad en el Católico Monarca; porque seguidamente añaden que andaba al mismo tiempo dominado de supersticiones y fanatismo, lo cual muy fácilmente se escribe, pero no se prueba. Y es preciso notar y tener mucho en cuenta que la piedad y fe católica en el Prudente Rey, como en todo buen cristiano, léjos de impedir avivaba y extendía los deseos que siempre tuvo del bien común. Y así, por ejemplo, su gran religiosidad no le quitó de mirar por la cría, plantación, ingertos y poda de árboles en beneficio de los montes, hoy tan abandonados y maltrechos, con menoscabo del pro general de los pueblos. Por eso cuando Felipe II nombró en 1582 presidente del Consejo de Castilla al célebre D. Diego de Covarrubias, entre las cosas más importantes que le recomendaba para bien del reino, era la expresada con las siguientes palabras: «*Vna cosa deseo ver acabada de tratar y es lo que toca á la conservacion de los montes y aumento de ellos, que es mucho menester, y creo que andan muy al cabo: temo que los que vinieren despues de nosotros han de tener mucha queja de que se los dejamos consumidos, y plegue á Dios que no lo veamos en nuestros días.....*» Razón tiene el diligente Ponz, de quien tomo estos datos tan curiosos, para afirmar que desde los tiempos de D. Felipe hasta el último pasado siglo, y más aún, hasta los nuestros, ha ido en disminución y quebranto el plantío y el arbolado de las sierras y de los valles.

Y es también cosa llana y muy repetida en la historia con-

paese di cui era; alla sua grandezza, senon a timore e pargialità per quelli che da lui non furon come pretendivan premiati ò trattati; ciò che puo troppo spesso pervertire i giudizi ancor de'ipiu savi nomini; e ad una di queste causa atribuisco il poco favorevole scrivere che di lui fa un celebre autor francese Natal Aless. Ma vedasi pure quel che di Philippo dicon gli scrittori de' suoi atti il Calvete, il Cabrera, Antonio de Herrera, Francesco Guillimanno, Cesare Campana, autori che non visser lungi dal tempo suo. *Voglio solo attestare il despiagere che sento dello scelerato carattere che se ne fa in tutta la tragedia; cosa che assolutamente non gli conviene; è non so come non irriti tutta l'illustre nazione la qual vede così espuesto all'abominazione commune uno di sui maggiori monarchi.*» Juicio crítico sobre el *Philippo* di Alfieri, formado para el Cardenal Zelada: Códice manuscrito existente en la Biblioteca del Cabildo de Toledo.

temporánea que D. Felipe II jamás gustó de caminar por sendas de azares y superstición. Precisamente, para confundir agoreros y otras gentes seguidoras de supercherías, acostumbraba Su Majestad á emprender viajes en días de martes. En día tal mandó que se jurase en Lisboa al príncipe D. Felipe, también nacido en día de martes. Y en día de martes permitió el Rey que hubiese las fiestas y regocijos que en tales casos se suelen hacer. Ni más objeto intentaba con ello Su Majestad, sinó arrancar preocupaciones siempre perjudiciales á la sencillez de los pequeños y del pueblo en general. Iguales fines buscaba cuando determinó llevar á cabo sus desposorios también en día de martes con la Princesa doña María. Y este proceder laudabilísimo conservó hasta el fin de sus días; porque es notorio á cuantos leen libros de aquellos tiempos, que estando Su Majestad muy apretado de la gota, le envió desde Valencia el Duque de Nájera un «herbolario» morisco, por nombre Parchete, á fin de que le curase. Mas sabiendo el Rey que el tal morisco había estado preso en el Santo Oficio por causa de supuestas curaciones y yerbas aparentemente prodigiosas, no fué posible que le permitiese llegar á su presencia. Representáronle las muchas esperanzas de salud que se debían de tener; pero Su Majestad respondió con su gran entereza: «No quiero salud por tan malos medios ¹.»

Vióse también la gran piedad y religión del Prudente Filipo en aquella respuesta tan sabida, y nunca jamás bastante-mente alabada, que para lección de cuantos reyes y gobernadores de pueblos le habían de suceder, dió al célebre conde de Egmont. El cual, comisionado por los rebeldes de los Países Bajos, vino á la corte de España pidiendo al Rey libertad de

¹ «Era tan enemigo de supersticiones, y hacía tan poco caso de los que tenían azares de algunas cosas, que para confundirlos solía salir los martes á hacer viajes, y hacía otras cosas contrarias á las que tanto recelan los agoreros: y así hizo jurar en Lisboa martes á su hijo el príncipe D. Filipo el año de 1583, y cuando le nació el dicho Príncipe, martes, año 1578, no hizo ménos fiesta que si le hubiera nacido en domingo ó jueves, y el mismo Rey se desposó martes con la Princesa doña María.» Virtudes de las Coronas: tomo III de las *Obras filosóficas del Padre Juan Eusebio Nieremberg*, fol. 269: en Sevilla, año 1686.

conciencia para aquellas gentes infestadas de herética pravedad, protesta y racionalismo. Pero el Católico Monarca, oída tan osada petición, contestó al instante, en forma absoluta y rotunda las palabras que siguen: *Antes quiero no ser Rey que permitir herejías dentro de mis reinos*. Resolución y sentencia digna de eterna loa, apta para retratar y hacer la mejor de las apologías de D. Felipe II. Y esta misma frase, aunque con palabras diferentes, repetía en ocasiones solemnes siempre que se trataba de combatir y matar los errores y fanatismo de los herejes, mahometanos y cualquier linaje de gentiles ¹.

Resplandecieron las virtudes del Rey Prudente durante el curso todo de su vida y en cada cual de los actos de ella. Y como la piedad verdadera no puede andar sola, sinó siempre acompañada de humildad, honestidad y modestia, ofrecíase al mundo Su Majestad como ejemplar de tales perfecciones hijas del Cielo. ¿Ni dónde está la ira y la soberbia de que infundadamente se reviste á Felipe II? Porque aquel Juan Ruiz de Velasco, que pasó en la Cámara Real sirviendo á D. Felipe nada ménos que veinticuatro años, testificó, bajo su palabra, que el Católico Monarca no solía jamás reñir, ni mostrar enojo con persona alguna. Y añadió que nunca pronunciaba palabras de murmuración, porque no le consentían tal cosa su modestia y su conciencia. Y por lo que toca á la castidad y limpieza en que siempre anduvo el Rey, no hay sinó recordar aquellas órdenes que en vida dejó tan recomendadas: conviene á saber, que después de la muerte, no descubriesen su cuerpo; y que aún para vestirle otra camisa y demás prendas constitutivas de mortaja para enterrarlo, nadie estuviese delante, sinó D. Cristobal de Mora, procurando en todo ello haber modestia y honestidad ².

¹ «Viniendo el conde de Egmont á Madrid á pretender concediese Su Majestad libertad de conciencia en Flandes, le respondió absolutamente, quería antes no ser Rey, que permitir herejías dentro de sus reinos.» Virtudes de las Coronas, en el libro y folio citados, por Nieremberg.

² «Testificó Juan Ruiz de Velasco, de la Cámara de Su Majestad, que en veinticuatro años que le sirvió en la Cámara, nunca jamás riñó ni mostró enojo con persona alguna, ni se le oyó palabra de murmura-

¿Y quién pasará en silencio aquel otro acto de humildad tan profunda que ejecutó el Rey D. Felipe en presencia de la ciudad entera de Zaragoza? Hallábase allí el Rey en un día primero de Cuaresma, cuando los fieles cristianos de todo el orbe conmemoran la flojedad y la nada de nuestra naturaleza, dejándose imponer sobre sus cabezas polvo y ceniza bendecida por la Iglesia. Todos los fieles reunidos entonces en el templo cesaragustano comprendían muy bien que al Rey tocaba por derecho de preeminencia tomar la ceniza en primer lugar después del clero, hincadas las rodillas sobre almohadones recubiertos de seda y oro. Pero Felipe II quiso dar á todos ejemplo de humildad y modestia. Porque no consintió que el ministro de Dios derramara el polvo místico y significativo sobre su Real cabeza, sinó después de todos los eclesiásticos sacerdotes y seglares. Para ello acercóse humildemente, no al presbiterio, sinó á la grada ínfima del altar, donde tomaba la ceniza el común de los fieles; y esto sin permitir en manera alguna que le pudiesen estrado, ni almohadón, según correspondía á su dignidad Real. Cosa que alabaron sobremanera las gentes aragonesas que lo vieron ¹.

ción: tanta era su modestia. Por su gran modestia y honestidad, ordenó que después de muerto no le descubriessen para abrirle, y que para vestirle otra camisa, y ponerle las demás cosas para enterrarlo, no estuviese nadie delante, sino es D. Cristobal de Mora, procurando en todo guardar modestia y honestidad aun después de muerto.» Nieremberg: *Virtudes de las Coronas*: volumen y folio antes dichos..... «No es de ménos consideracion y gloria de Su Magestad el aver conservado todo el tiempo de su última viudez castidad de alma y cuerpo largos años, que fueron diez y ocho, con singulares muestras de religiosísima, continua y devota oracion, y tanto que se sabe que gastava en día y noche de muchos á esta parte cinco horas en mental y vocal.....» Cristobal Pérez de Herrera; págs. 70 y 71. Valladolid, 1604. *Elogio á la vida y muerte del Rey D. Felipe II.*

¹ «Hallándose en Zaragoza un primero día de quaresma fué tanta su religion, que no quiso tomar la ceniza hasta que todos los Eclesiásticos, aun los que no eran Sacerdotes, la hubiesen tomado, y después llegó á tomarla con singular humildad, y llegando hasta la ínfima grada del altar, donde llegaban los otros, sin permitir le pusiessen almohada para arrodillarse, ni otra cosa alguna.» Nieremberg, tratado, volumen y folio arriba citados.

Ni fué solamente entonces cuando el Rey dió pruebas claras de la solidez de sus virtudes. Porque en todos los actos y trato común de la vida se ofreció como ejemplar y modelo de religiosidad y humildad. Bien claramente lo enseñan las crónicas de aquellos tiempos, diciendo que Su Majestad era muy parco y moderado en la comida, bebida, vestido y sueño. De donde nació su temperamento benigno y de bondad natural que traía siempre á raya y por los caminos de ley las pasiones del ánimo. Y como nunca se enojaba, sinó por causas gravísimas, era muy respetado y temido al propio tiempo por todos sus vasallos. Y así, demostrando todo ésto, enseña Salazar de Mendoza en aquella de sus obras tantas veces citadas, que Felipe II tuvo larga vida, «tanta, que excedió á todos los Reyes de Castilla sus antecesores de quinientos años atrás, y ésta muy sana y sin achaques, si no fué cuatro años antes que muriese. Fué prudentísimo, de gran memoria, piadoso, discreto, y tan consumado en todo, que cuando no fuera Rey por nacimiento, lo merecía ser por elección entre todos los hombres de su tiempo, como lo han dicho muchas veces muchos de los que le trataron, y en particular D. Juan de Idiáguéz, Comendador mayor de León, de sus Consejos de Estado y Guerra, persona cuerda y acreditada, y que tuvo hartas ocasiones de penetrar su grande talento y capacidad.» ¿Qué mejor retrato y apología se puede hacer de las virtudes de tan gran Monarca el Rey don Felipe el Prudente? ¹.

¹ «A quien le trataba en la llaneza y afabilidad le parecia un Religioso muy humilde..... En el comer, beber, dormir y vestir, fué muy reglado: siempre vestía de una manera, y esa muy honesta y sin costa. No comía, bebía, dormía un día ni noche más que otro, y lo uno y lo otro en muy poca cantidad. Todo esto le causó el ser de buen temperamento ó complexión..... Resultóle también que tuviese muy reformadas y corregidas las pasiones del ánimo. El enojo, la tristeza, el placer y alegría medidas con la razón..... Enojábase con mucha causa y era pacífico quando convenia, y con esto era muy temido y reverenciado de todo el mundo.» Salazar de Mendoza, *Monarquía de España*, título VI del libro 5.º, cap. I: Códice manuscrito de la Biblioteca del Cabildo de Toledo.